

Discurso del Rector de la Universidad, Dr. Juan B. Terán, en la distribución de Diplomas en la Escuela Normal Vocacional de mujeres de la Universidad de Tucumán, República Argentina

Es un deber para mí, pero sobre todo un privilegio y un placer saludaros en este alto del camino bajo la sonrisa matinal de vuestra juventud, que contagia su alegría y su frescura y exalta por un instante el ritmo de las horas habituales.

Guardad por siempre esa sonrisa—la sonrisa es el más rico tesoro de la mujer: duplica la juventud, da la ilusión de la juventud en toda edad.

Es siempre una sonrisa el recuerdo que deja una mujer en el corazón del hombre. Son hermanas la aurora, la mujer y el perdón por ser las sonrisas del cielo, de la tierra y del dolor.

Pero la sonrisa no es un signo material, sino un signo moral: no sonríe quien quiere, sino quien ha podido cultivar el germen que así florece.

En representar un esfuerzo interior y ser una flor fugitiva reside su sentido y su belleza.

No es signo de debilidad femenina sino de fortaleza moral, atemperada por la comprensión de las cosas y por el presentimiento del dolor.

Las débiles, las vencidas, las presuntuosas, las marisabidillas no sonríen; o inclinan sus cabezas bajo el peso de ilusorias melancolías, o su gesto es de desafío doctoral, o ladesdeñan—¡pobrecitas!—ignorando que encierra mucha más ciencia de la vida que los copiosos libros.

¿Os parece estos elogios extraños a la función escolar? ¿Están reñidos con la pedagogía?

Si no es la pedagogía la ciencia del corazón humano y el arte de conducirlo, es simplemente una engreída tautología.

Acentúo adrede el concepto en esta pública ocasión, como la última lección que recibís del menos capaz de los maestros.

La idea de la enseñanza pasiva e individualista debe ser reemplazada, ha sido reemplazada por la de la enseñanza social y creadora. El hombre es esencialmente el miembro de una sociedad: ha de crecer libremente, estimulando sus aptitudes para su más amplio desenvolvimiento, pero para servir los ideales de la sociedad. La sociedad no ha de deformarlo, frustrar su vocación, ahogar las posibilidades que encierra, pero completa su individualidad, ella ha de contribuir al bien de la sociedad: tal es su misión y su gloria.

La función del maestro es, entonces, no la de almacenar conocimientos sino la de convertirlos en un instrumento creador de la personalidad, la de ensayar palabras hasta que sea pronunciada la mágica que la despierte y engrandezca.

Así, la educación es creación. No habrá verdadero maestro si no experimenta el goce de la creación en su obra, ha dicho Boodim del Carlestone College, si no está en la continua busca de un método mejor, de una interpretación nueva, de una relación más íntima que revele al joven o al niño su propio espíritu.

El afán de investigación del maestro, la nueva forma de penetración o sugestión de las inteligencias no agregará nada al patrimonio de la ciencia, pero su capacidad de suscitar, de interrogar, de tantear una nueva vía, habrá alimentado quizá el germen de un genio, expuesto a quedar ignorado para siempre: viviendo así su profesión, en cambio, mantendrá joven y gozoso el espíritu, refrescado por el agua pura que mana el espíritu del niño cuando es interrogado con amor, y no cristalizado por el tedio de la enseñanza pasiva y formal que envejece al maestro con fatiga ansiosa y ciega el corazón del alumno.

No veo símil más expresivo para caracterizar el trabajo del maestro, que el de compararlo con el del arquitecto.

El arquitecto no saca los elementos de la construcción de sí mismo; no hace trazos en el aire con la mano y cree poder invitar a habitar el castillo que así ha levantado, sino que imprime a las cosas que encuentra y que escoge, sobre la tierra, el sello de su espíritu y el aliento de su plan. Con la arcilla y con la piedra que se pisa yergue las maravillas que deleitan y asombran.

Digamos, quizá mejor, glosando viejas palabras sabias de Bacon, que no debe ser el maestro como las hormigas guardosas y avaras, o como las arañas que hilan su propia substancia sino como las abejas que hacen la miel con flores silvestres.

Prolonguemos el símil. El arquitecto ha de usar los materiales que tiene a su alcance, ha de contemplar el clima y el cielo que la construcción soportará, las necesidades que ha de llenar, los hábitos y gustos de sus futuros habitantes.

¿Cuál será entonces el plan y el estilo de la construcción que ha de levantar el arquitecto mayor, el que erija la escuela argentina?

¿Edificará alguien un rascacielos en el desierto? ¿o amplias terrazas abiertas en el frío septentrión o la azotea árabe horizontal bajo lluvias torrenciales que desplomarán el edificio, que fué ideado para un país de sol y sin agua?

¿Poblará con escuelas de letras y filosofía un país de analfabetos? ¿levantará cátedras de mecánica racional para candidatos que habrán de concurrir descalzos a escuchar al absurdo profesor? El creador hipotético de las escuelas y de la cátedra puede ser un lógico, un humanista o un insigne matemático, pero no suprimirá lo fantástico de tal empeño.

Y bien, señores, el país nuestro ha sido a veces el no ya tan hipotético educador. Era necesario cambiar de camino y el camino ha comenzado a ser rectificado. He ahí, pues, por qué la Universidad ha hecho lo que ha hecho.

Ha visto a su alrededor—buscado saber lo que convenía edificar,—lo que el habitador necesitaba, y henos aquí en la obra que de hoy en adelante contará en lo que os atañe, con la colaboración de los nuevos obreros que sois vosotras.

Hemos levantado así, como eje y sostén de la construcción, nuestras facultades de química y matemática, sin vistosos paramentos y complicados capiteles, porque su belleza está en su recia estructura, y la hemos rodeado de construcciones menores, que un poco de amor al fausto habría convertido en algún plinto del edificio central: son las escuelas de mecánica, de comercio, de pintura, de economía doméstica. Son simples y hospitalarias, no están destinadas para elegidos, no ostentan cifras herméticas en sus limpios frisos. Su orgullo y su vocación están en atraer al mayor número, en levantar, en ennoblecer el ritmo de la vida colectiva, en mejorar la comprensión y la capacidad para vivir.

Pero no es una albañilería sin plan y sin alma. Es un modesto conjunto, pero vibra en su ambiente una ambición de vida nueva, se desprende de sus cornisas un aire de sana alegría, y la protege una sombra luminosa como el